

38 de julio de 1882. Hija de padre cubano, de origen navarro y de irlandesa cruzada de francesa, en las venas de María de Maeztu y de sus hermanos —dos de los cuales, Ramiro y Gustavo, habrían de ser figuras eminentes de las Letras y la Pintura españolas y mártir glorioso de la causa de España el primero en 29 de octubre de 1936— se mezclaban varias sangres cálidas y frías que al incorporar a sus temperamentos virtudes tan diferentes como la vehemencia y la reflexión, caracterizarían la obra de todos ellos.

Su infancia en la bella ciudad alavesa fué plácida y grata. La familia Maeztu gozaba de una posición económica opulenta que le permitía vivir con holgura refinada. Los niños tenían «añas», institutrices, juguetes costosos, vestidos elegantes e iban al mar y a la montaña. Cuando crecieron, los padres, preocupados de darles una esmerada educación, los enviaron a colegios extranjeros. Pero todo aquel bienestar se derrumbó de pronto. Reveses de la fortuna arruinaron la casa. Como el padre no sobrevivió para lograr renacer su caudal, la viuda y los hijos hubieron de abandonar Vitoria en busca de otra ciudad donde esquivar la compasión y la incomprensión provincianas y emprender heroicamente la lucha por la vida con abandono de nostalgias y prejuicios.

Bilbao, que ya a finales del siglo XIX había iniciado su transformación de villa pescadora en gran ciudad industrial, fué la elegida para la nueva y dura etapa. La viuda de Maeztu, doña Juana Whitney, enérgica y emprendedora, aprovechó su condición británica para dedicarse a la enseñanza de la lengua inglesa —que ya deseaba aprender toda la juventud bilbaína enfebrecida de afán de poderío— y abrió una academia que pronto adquirió gran re-

lieve. Los hijos mayores, Ramiro y Miguel, buscaron trabajo. Casi adolescente, Ramiro velaba con éxito sus primeras armas en el periodismo. Angela se ocupaba del hogar, descargando de preocupaciones a la madre, mientras los más pequeños, María y Gustavo, proseguían sus estudios. María hubo de renunciar a las «clases de adorno» —música, dibujo, artes domésticas—, que en aquel tiempo eran las más importantes para una muchacha de buena familia y que tanto habrían satisfecho las inclinaciones de su espíritu. Pero como era menester ganar pronto algún dinero y entonces en España no existía para la mujer necesitada de trabajar más opción que tomar la aguja para coser o prepararse para el Magisterio, que era la única profesión intelectual en que la Administración española admitía a las hembras, María decidió hacerse maestra.

La profesión era —como lo sigue siendo— humilde, pero hermosa; mal retribuida económicamente, aunque llena de atractivos espirituales para quien —como María de Maeztu— comprende la altísima función social que lleva aparejada la obra de misericordia de enseñar al que no sabe. Con ayuda de la madre y de Ramiro se preparó rápidamente, y a los dieciocho años —la edad en que hubiera bailado su primer vals en un salón lujoso de no haber sobrevenido la ruina familiar— obtuvo el título de maestra, que desempeñaría primero en una escuela de Santander y luego, durante diez años, en otra de Bilbao. La bondad, la inteligencia y la tenacidad de la maestrita adolescente convirtieron la escuela modestísima en un centro modelo, limpio y alegre, en el que la letra no entraba con sangre sino con agua, y la palmeta clásica del dómone tradicional perdía su eficacia ante la ternura y el estímulo que im-